

Precios y salarios

Ante el fenómeno de persistente inflación, característico de la postguerra actual, así como de la precedente lo fué el problema de la deflación, del paro y de la depresión, los gobernantes y los economistas se han alarmado. El profesor Haberler lo considera «el problema económico más grave que la nación estadounidense tendrá que afrontar en los años próximos». Y agrega: «No obstante las malas pruebas que han dado los economistas técnicos en las previsiones del futuro, no obstante su tendencia a preparar la batalla precedente cuando se está ya librando la próxima, me inclino a compartir esta opinión de la mayoría de mis colegas».

Si esto es una preocupación en Norteamérica, que han mantenido la paridad de su moneda con el oro ¿qué no lo habrá de ser en los demás países? Esto hace ver también una cosa importante: Que la inflación obedece a una causa tan fuerte, que los medios más energicos que el hombre ha empleado para impedir la fracasan. A ella no resiste ni el valor del oro, el cual está cayendo en el mundo bajo la presión inflacionista. Es lo único que baja. La Gran Bretaña se ha apresurado a nombrar el año pasado, para estudiar el problema, a una Comisión de tres, entre los cuales el nombre del profesor Robertson es el más significado. Del segundo informe de esa Comisión destaco el párrafo siguiente: «Mantener ocupación abundante y estable, evitando al mismo tiempo la inflación, si *no imposible del todo* (subrayo yo) exigirá ciertamente

una regulación harto delicada del nivel general de actividad. No hay la menor certidumbre de que nuestros conocimientos presentes sobre la acción de las fuerzas económicas sean suficientes para tal fin». En esta admonición, tan alejada de ciertas petulancias, se ve la mano del sabio profesor inglés cuyo nombre avalora los dictámenes de la Comisión.

Revisando las opiniones *extranjeras* sobre el particular, que han llegado a mis manos, tres razones principales campan como causantes de la inflación: la presión de los sindicatos imponiendo aumentos de salario que muchas veces se hallan por encima de los incrementos de productividad del trabajo; la preocupación por mantener la plena ocupación, y el predominio de un mercaderista con excedente constante de la demanda. Prescindiendo de otras causas secundarias que pueden considerarse como accesorias de las anteriores, cual la falta de condiciones de perfecta competencia, que favorece la elevación de los precios por parte de los industriales.

Es curioso señalar que algunos países, entre ellos los Estados Unidos, se encuentran a la vez con dos problemas opuestos: el del riesgo de recesión que ha amagado ya más de una vez y del que ahora mismo no se halla libre; y el de inflación, que no es sólo un riesgo sino un mal efectivo que dura hace ya años y es cada vez más amenazador. Contra la inflación se propugna la restricción monetaria y la presión fiscal, la política de rarefacción

del crédito: contra la recesión se recomienda, por el contrario, siguiendo el criterio keynesiano, el alivio de los tributos, los déficit presupuestarios, la política monetaria amplia y generosa. ¿Cómo aplicar simultáneamente sobre el mismo organismo dos terapéuticas completamente contrapuestas para dos males que los técnicos se hallan desconcertados de encontrar juntos?

Concretándonos ahora el problema de la inflación, unos se fijan principalmente en el alza de los precios, y suponen que son éstos los que arrastran a los salarios; otros se sienten más impresionados por la importancia de los aumentos de salarios que los poderosos sindicatos logran arrancar a los industriales, y creen que son los salarios elevados los que obligan a subir los precios. Esto recuerda una vieja cuestión que data de los orígenes de la ciencia económica. Costes y precios son dos cosas íntimamente ligadas, pero ¿son los costes o son los precios los primeros que se establecen? Es la eterna cuestión de si es primero el huevo o la gallina.

Ricardo, el famoso economista hispano-judaico, resolvió el dilema pronunciándose en favor de los costes, más concretamente, del trabajo contenido en el producto. Fue de ahí de donde tomó Marx la idea de que el valor del producto está determinado por las horas de trabajo que contiene, aunque en segunda mixtifica esta tesis al suponer que el trabajador, después de crear el valor justo del producto, le agrega una supervalía, de modo que en realidad el precio del producto resulta compuesto de coste y supervalía, lo mismo que Ricardo se veía obligado a admitir que el precio del producto se veía obligado a admitir que el precio del producto se halla compuesto de coste y beneficio. Pero él suponía que el beneficio era accesorio y pasajero, en tanto que para el socialista alemán la supervalía es constante y constituye la base de su teoría de la explotación del trabajador por el patrono.

Lo cierto es que, si el precio está determinado por la oferta y la demanda, no lo puede estar al mismo tiempo por el coste de los productos o,

si se quiere reducir el coste del producto al del trabajo, por los salarios para producir. La mercancía va al mercado con un coste ya realizado. Allí la demanda puede ser mayor o menor, y el precio variará sin que varíe por eso el coste. Lo que varía es el beneficio o pérdida; lo mismo da que se le llame así, que plusvalía, que a veces puede ser minusvalía.

Hay varias razones para pronunciarse en favor de la teoría de la demanda y la oferta, con preferencia a la de los salarios:

Primera, porque aquélla es más general ya que abarca todos los mercados. Por la de los costes sería imposible explicar los precios de cosas como los terrenos, las fincas, los valores bursátiles.

Segunda, porque la diferencia entre precios y costes es lo que permite explicar las fluctuaciones de los negocios. Unas veces el margen entre ambos es pequeño, y los productores tienen poco estímulo para producir y acudir al mercado (depresión), y otras el beneficio es grande y la industria y el comercio se activan (auge). Lo que sucede es que en este último caso la gran afluencia de productos al mercado tiende a hacer caer los precios hacia el coste, en tanto que si el margen es escaso o inferior al coste, la falta de aprovisionamiento lleva el precio hacia los costes.

Tercera. La inflación es un hecho histórico de todos los tiempos y no limitado al período relativamente pequeño de la existencia de poderosos sindicatos obreros cuya influencia arrastre los salarios y los precios hacia arriba. Ni en la Roma de Augusto, ni en la Grecia de Pericles, ni en la Europa de Carlo Magno o en la posterior de Maximiliano había sindicatos ni ninguna clase de fuerzas sociales poderosas que elevasen los salarios independientemente de los precios. Sin embargo, en esas épocas había inflaciones, y no pequeñas. Un fenómeno tan universal ha de tener causas generales muy poderosas, ajenas a motivos circunstanciales.